

Mariano Latorre

Tierra de caballos

(EL PICAZO)



VALLES verdeantes y cerros angulosos. — Recia fusión de valles verdeantes y de cerros angulosos, de aguas juguetonas y de rumor de selvas. Aquí viene a morir el valle central y se inicia la cordillera, enredo de laderas azules y reposo de las altas nieves andinas.

Se asiste, por esto, casi al nacimiento de las aguas, aguas adolescentes, anillándose en cordones de espuma al rugoso muro de los coigües. Van al Lircay, que llega de adentro, del blanco planchón de un ventisquero, alborotándose en el tajo hondo de su álveo.

Es el rincón resto de una vasta encomienda, cedida por el rey de España a los Agustinos, viejos evangelizadores de la provincia y por éstos, a la ciudad de Talca.

Por un milagro del aislamiento, de la fragosidad de la región y por el natural espíritu conservador de los frailes, se mantiene la tierra y su gente como detenida en el tiempo. La civilización orilló el abrupto

bastión, separado por el río de los llanos y por los cerros boscosos de otros valles paralelos y la colonia y su vida heroica, se arremansaron en los calveros de la selva y en el risueño verdor de los hondones, rayados de esteros.

En el interior de la selva, fértiles potreros, que cercan las quebradas, los altos robles y los laureles olorosos, pastan cientos de animales semi-alzados. Toros de prodigiosas astas y vacas menudas, ágiles como cabras.

Para animales así eran necesarios caballos fuertes y astutos, y para los caballos, jinetes y domadores incansables.

El Picazo, tierra de caballos.—¿Ven-drá de esos caballos y de esos jinetes el nombre de la región? Porque la tierra, semejante toda ella a un potro indómito, lleva nombre de caballo y de caballo chileno. El manchado, picazo, de nuestros campos no es sino el cuatrialbo de los valles andaluces. Y debió ser ese picazo olvidado hoy, que domó un jinete huaso o algún padre agricultor, el antepasado de la numerosa piara que ha nacido en los valles, se ha criado en los pastizales de la selva y se ha endurecido, subiendo las cordilleras.

Sólo su resistencia y su habilidad pudo dominar a las vacadas cerriles y a la áspera tierra picacina, plural multiplicación de la ladera y del bajo, de la planicie y del cañadón.

Los hombres del Picazo.—Y en estos hom-

bres del Picazo no se advierte—detalle curioso—huela alguna del picunche del valle o del pehuenche de las cordilleras. Son altos y esbeltos, de apretadas barbas rojizas o negras y de pupilas claras y rasgos regulares.

A pesar de sus gastados guarapones, torcidos por lluvias y nevascas o quemados por el sol, a pesar de sus duras pierneras de cabro y de sus enormes espuelas, el antecesor andaluz o extremeño está en su verba pintoresca y en su afición al caballo, a la topeadura y al rodeo.

El alejamiento del valle central, los senderos tortuosos de los trumaos, lo unían a Talca o a Molina, ahondó en ellos la individualidad regional, metió en su espíritu el perfil quebrado del paisaje, hizo de acero los músculos de sus piernas, engarfiados a los flancos del caballo y en la persecución del animal bravío, su pupila y sus actos, eran instinto puro y elemental.

El folklore campesino.—Como sus antecesores de Andalucía y de Extremadura, los huasos picacinos poseen el don del símil y la gracia de la metáfora, su realización natural.

Los elementos están tomados de su vida misma y del ambiente rural, en el cual nacieron y murieron. la forma de los cerros y de las nubes, la característica de un árbol o el contorno de una piedra; luego, las sutiles asociaciones entre lo animado y lo inanimado, el relato alegórico oralmente transmitido de generación en generación, el dicho agudo hecho refrán, el apodo,

plasmado con tal agudeza y gracia, que es como un dibujo hablado o una caricatura verbal o la tirada de octosílabos, el verso predilecto del pueblo, que brota como un agua de manantial de sus labios gruesos y toscos, en las trillas, en las topeaduras y carreras, en los rodeos y en las apartas.

A un fraile acampado, que hizo de administrador durante muchos años en el Picazo, se le llamó por sus inquilinos y braceros, El Tábano rosillo, a causa de sus pelos rojizos, mezclados con las venas grises de las canas. Y otro será el Coliguacho, por decir palabras torpes y sin gracia, recordando a ese tábano obscuro, el primero en aparecer en la tierra sureña al venir el verano, de vuelo inseguro y de sor-do y molesto zumbido.

A un viejo capataz, hablador y atarantado, se le llamará El Polviera, asimilando su palabrería al torbellino del rojo trumao que levantó una ráfaga de viento o las patas de su propio caballo, en una súbita revuelta. Y un campesino de largas piernas y de tronco reducido, será el Ruelas altas. A un vaquero, viejo arreador de hacienda de la pampa, se le llamará el Choi que, por su pescuezo flaco que recuerda el cuello alongado de los avestruces. Otro, colorín, será el Chancaca, como a un hombre cetrino y flacucho le dirán el Cara de natre.

Sus dichos, sus comparaciones, cogidos en la tierra misma como frutos y flores, huelen a cosa viva espontánea, de criollísimo sabor.

Un hijo del administrador le ha preguntado a un viejo, a quien no veía desde niño:

—¿Cómo está usted, don Juan?

Y el viejo, abierta la enorme boca en una sonrisa desdentada, contesta:

—¡Como zapallo en la guía, su mercé!

Y en una faena de siega, en lo alto de la planicie, al notar el patrón el escaso esfuerzo de sus segadores, regaña amistosamente al viejo capataz:

—Esto no se acaba nunca, don Juan.

Y el campesino responde, con un gesto entre cínico y resignado:

—Ya se acabará, patrón. No hay que apurar al perro viejo picacino.

No hay en estos hombres fe en el porvenir. Ni siquiera la aspiración a ser propietarios, ingénita en los campesinos de todos los tiempos. Su calidad de servidores les satisface. Y es que por vivir, hasta el presente, con cierta holgura en la tierra de sus antepasados, se consideran un poco dueños de ella.

Y si llega el caso, dirán humorísticamente:

«Teniendo p'al chupe y p'al dormitorio,
échale p'atrás, no más, machero».

Y empinando un vaso de vino, en el que se han disuelto sus preocupaciones, comentará:

«Después de la sopa, una copa:

Después del puchero, un vaso entero
y después del asado, hasta quedar botado.

Y exaltado por el mosto, que vigoriza momentáneamente músculos y espíritu, le cantará como un poeta:

Ven acá, quita pesares,
consuelo de mis congojas,
pateado en los lagares
y criado entre las hojas.

Una filosofía sanchesca, producto, también, del antecesor soldado, lo hará decir del patrón o de los campesinos que intentan elevarse sobre el nivel del inquilino:

Entre Díaz y Vargas,
a parejas van las cargas.

En la manifestación de sus sentimientos, ya sea la simple exteriorización de una experiencia psicológica o la expresión de los estados amorosos, el pueblo tiene la intuición verbal, la sobriedad sentenciosa del refrán:

Un alma sola,	El que vive callando,
ni canta ni llora	vive penando.

Y a veces el desgarramiento lírico, el grito espontáneo de la pasión:

Mis ojos de sentimiento,
aumentan la mar en agua;
si no vienes esta noche,
puede ser hoy o mañana.

Jinetes y aperos.—La herencia andaluza despertó en ellos el lujo de los arreos. Los talabarteros regionales, con sus leznas y sus cuchillos, repujaron, como una joya, la montura chilena. Guarniciones de plata adornaban arzones y asientos. La suavidad aterciopelada del carpincho, maravillosamente curtida, cubría la montura. De sus aciones colgaban historiados estribos de lingue y el rendaje flexible, meticulosamente trenzado en Talca, rayaba las vivas tablas del cuello del alazán o del picazo, domado en los valles. Y los lazos, sobados en los ranchos, del cuero de los animales muertos en los arreos o sacrificados en las matanzas de Pelarco, chasqueaban como rémiges de cóndores, al enredarse en las astas de un toro o en las patas de una vaquillona arisca.

La tradición.—Pero la tierra era de frailes y la tradición suavizó asperezas, aunque más de alguno abandonó la plácida celda conventual por el lomo del caballo y las espirales del lazo dominador.

Una mañana de verano, día domingo, asistí a una misa en la centenaria capilla del Picazo. En el fondo, la capilla es sólo un altar con un Cristo exangüe y unos vulgares pilastrones dorados. La nave la forma el largo corredor, hilera de cilíndricos maderos, robles o raulíes que sostienen, hace siglos, el entrecruzado enredo de la viguetería y el océano regular de las tejas oscuras, cauces, en el invierno, de los chorros de la lluvia.

Zumban las abejas en el aire azul y los tábanos,

como balas de cristal, se estrellan contra las paredes y contra los cuerpos impasibles de los huasos que vienen llegando. La altura hace la luz liviana, cuasi un hialiano hervor de átomos movedizos que barniza los árboles y torna suave el duro perfil de los cerros, líneas huidizas o atrevidos ángulos, horadando el atrevido reposo del aire. Llegan de todas partes, de los bosques, de los valles, de los cerros cubiertos de polvo, sudorosos los caballos, los huasos picacinos. Se aproximan al filo del largo corredor y con gesto mecánico de jinetes, levantan la pierna derecha (un segundo pienera y espuela caricaturan el aire) y se apoyan en la tierra. Luego, el casi ritual de amarrar la rienda en un clavo mohoso de un pilar o atarlo al extremo de un varón.

Separados del caballo, sus siluetas son torpes, desgarradas. Semejan jotes ahitos que no logran tomar el vuelo. Animan un instante el corredor y tintinean las espuelas y se arrastran los viejos zapatos, con áspero sonajeo, en los ladrillos.

Largas narices filudas sobre el desgreño de las barbas. Manos torpes que se esconden debajo de los ponchos livianos, de los meses estivales. Parece entorpecerlos la proximidad de los patrones y de los frailes, aun dueños del Picazo.

En el veterano altar, un angustiado joven, revestido con una vieja casulla desteñida, gorgorea la misa con pausada meticulosidad.

Las rodillas en los ladrillos gastados, la oyen, contritos, los huasos. Golpean sus pechos con unción. Sus

cabezas toscas, con algo de ramas viejas o de pedregones, esmerilados por las corrientes, se inclinan con devota costumbre.

Dóciles inquilinos y resignados feligreses, parece ser, para ellos, lo mismo la misa que las faenas campesinas.

Con un gesto apolíneo, el fraile ha doblado la última hoja del viejo misal. Se vuelve, inclinando la cabeza y levantando su brazo derecho con un gesto de bendición. Tosidos ahogados, arrastre de zapatos, tintineo de espuelas. El mundo de los campesinos empieza a desplazarse, a lo largo del corredor. Van en busca de sus caballos, parte integrante de sus vidas. Y los caballos, adormilados, se animan al sentir a sus dueños. En un instante, hombres y bestias se han reintegrado a su normal calidad de centauros. Y los movimientos torpes, desgarrados, desaparecen como a un conjuro. Porque, caballo y jinete es la lógica fusión del cerro y del valle, del tortuoso sendero y de la cuesta empinada. Y como si la tierra se los tragase, en pocos segundos no queda un hombre ni un caballo en las cercanías del viejo caserón.

Pero luego, como lejanos trazos en las curvas de los caminos, se ven sus siluetas lentas, sus ponchos de colores, sus perros cansados. Van hacia arriba y hacia abajo. Hacia los mogotes puntiagudos, que aun conservan su castiza denominación castellana, hacia la densidad negriazul de los robledales o desenredando sinuo-

sas veredas, bajan hacia los valles pastosos de las márgenes del Lircay.

El paisaje.—Las abras azules semejan enormes puertas naturales que dan a nuevos valles, a nuevas selvas y a nuevos ríos, hasta cerrarse en el corazón de granito de los Andes.

Vistos a la distancia, los ángulos de cerros son descansaderos de nubes abullonadas y transparentes en los días estivales o pesados escuadrones blanquinegros, arreados por el norte, en los inviernos.

En las salientes plataformas de los cerros se levantan los ranchos primitivos o dormitan, bajo el abrigo rumoroso de los robles, los hualos y los coigües, en los rincones de la selva. Y hechos parte de la tierra misma se multiplican las vacas y los caballos y pululan los zorros y los pumas. Aun se conocen estos lugares precordilleranos con el poético calificativo de inverna-das, porque en la trashumancia de los ganados que vienen del valle y van al interior de la cordillera, a las veranadas, se hallan, al finalizar el mes de abril, con lugares abrigados, donde la nieve es un manto blanquecino que deja asomar, a flor de tierra, el mullido verdor de las yerbas naturales.

Sin embargo, no muy lejos, apuntando muros de cerros y enrollando caminos con los neumáticos de un auto, se extiende el llano de Mariposas, viejo molde de un glaciar prehistórico que riegan las aguas del río Maule, cruzan las paralelas de una vía férrea y cuadriculan los potreros, los arrozales y los sembrados de trigo.

Los vaqueros.—La ciencia de estos innatos jinetes de los cerros consiste en conocer el caballo, la característica de las vacadas indómitas y sobre todo, los más escondidos rincones de la tierra.

Para ellos, arrear vacas holandesas y normandas, por la geométrica cinta de los caminos, es tarea poco grata. Recogidas las riendas del caballo, listas las espuelas, y el lazo en las manos, no es eso lo que anhelan.

En la aparente soledad de la selva, son ellos los únicos que puedan hacer salir de sus escondrijos y aguadas a la hacienda montaraz que, a fuerza de vivir entre árboles y torrenteras, remedan en sus astas las ramas secas y en sus ancas, las aristas angulosas de las piedras.

La tierra, indócil y rebelde, a medio domar por el hombre, ha injertado, asimismo, en el jinete, en el caballo y en el vacuno una semilla bárbara, un lógico sentido de rebeldía.

Rodeos y apartas.—Al apuntar la primavera, empiezan en el Picazo los rodeos y apartas. Entonces, toman contacto íntimo vaqueros y animales.

En los corrales, muy bien cercados, chocan astas enfurecidas y se cruzan bramidos rabiosos. La resignación o más bien, el cansancio, termina por apaciguar el bravío desconcierto. Las vacas rumian sus reservas de pasto y los terneros maman, como en el corazón de la selva.

Pero no todos los animales se resignan a este cam-

bio radical de su vivir primitivo. Hay alguno que corta los firmes lazos como si fueran delgados hilos, y sin doblegarse resiste los encontronazos de los caballos que lo persiguen. Astuto y ágil, salta cercas o troncos botados y termina por perderse entre la maraña de los árboles, de los matorrales y de los tajos oscuros de las quebradas. El embrujo de la vida libre, brusca-mente deshecho por el vaquero, se despierta en sus carnes rebeldes y les da una inagotable capacidad de resistencia. Casi siempre se escapa y termina por representar, a través de los años, el alma de los cerros y de la selva. Un dios bravío, que tiene retorcidos pitones, rojas pupilas de brasa y pequeñas pezuñas, tan movilizadas y rápidas como las alas de los pájaros. Basta esta rebeldía que no se doblega para que la leyenda de sus sobrehumanas potencias, curiosa mezcla de realidad y fantasía, de Dios y del diablo, lo salve de ser una res más en el rebaño en venta y lo constituya como un genio imperecedero de la naturaleza y del alma gemela del vaquero y del inquilino.

El mito de los toros.—Cada jinete, que lo ha perseguido y al cual se le ha escapado, agrega un detalle más que va agrandando su fantástica vida elemental. La leyenda ha terminado por antropomorfizarlo. Tiene la forma de un toro, pero su alma es casi humana. No es un inquilino obediente y resignado. Ni un vaquero tenaz y andariego. Es casi un bandido o cuatrero que ha burlado a patrones y policías, en la elementalidad de la vida cordillerana.

A través del tiempo y como algo fatal, imprescindible, siempre hubo un toro que simbolizase este oculto aspecto del hombre de los campos.

Primero (debió ser en la época heroica) es un toro encantado que un mágico argentino llevó de la pampa a la cordillera en una nube de agua. La nube no era inmóvil, sino un torbellino que hizo calle en el monte, desarraigando los árboles que se oponían a su paso.

Bajaba a las haciendas, internándose en el bosque y cubría a las vacas. De aquí la cantidad de crías grandes, lucias, hijas del toro encantado. Sin embargo, según reza la leyenda, el toro era pequeño y guampudo.

Vemos aquí el concepto misterioso, extraterreno, de la colectividad campesina para explicarse la reproducción de las haciendas, entregadas a sí mismas, sin mayor colaboración del hombre. El dueño de la tierra recogía así el producto al azar, personificado en el toro encantado, como las frutas de una huerta, en la cual casi no hubiera intervenido la voluntad humana.

La leyenda del toro blanco es más cercana y ya de acuerdo, en sus características generales, con una época de selección de la hacienda.

Es blanco como un pedazo de ventisquero. Cabeza chica, enormes cuernos. Nadie quiere que cubra las vacas. Se rodea a la hacienda y el toro está entre el tumulto de animales encorralados. Es inútil. Nadie logra laccarlo. Los perros arreadores gimen ante él y

no lo atacan. Los otros toros no le presentan combate, incluso un rosado, famoso peleador. De improviso, la mancha blanca del toro desaparece entre unos temos rojos. Infructuosamente se busca huella. Se ha perdido en la selva. Y por último, ya en la época contemporánea, en la transición del viejo campo colonial a los tiempos actuales, aun un toro domina a la hacienda de Picazo y a la imaginación primitiva de los vaqueros y arreadores.

Es, en este caso, un toro criollo. Idénticas características. Cuerpo pequeño, anguloso. Como dos lanzas, surgen de los extremos del ancho testuz dos enormes y aguzados cuernos. Lo rodea una atmósfera misteriosa, como a sus antecesores. Un maléfico poder multiplica sus fuerzas. Tan múltiple es su personalidad y tan numerosas sus hazañas de animal rebelde que, a través de veinte años, se le conoce en la región con varios sobrenombres, cada uno de los cuales explica episodios de su vida en las selvas.

El último toro del último capataz: — El invierno ha recogido sus húmedas nieblas y ha callado su orquesta de chubascos. Las corrientes apagan su ronco vocerío. Los brotes primaverales se encienden, como gotas de luz corporizadas, en el opaco ramaje de los robles y los hualos. Como yemas hinchadas, estallan en el aire, cuajado de corpúsculos de oro, los trinos de tencas y zorzales. Y con la pluma nueva y el brote verdeclaro, el pelaje de los vacunos se encrespa y reluce.

Ha llegado el instante del rodeo. Mugen los terneros y las vaquillas asustadas. Braman los toros, escarbando la tierra aun endurecida. Y los jinetes, gritones y enérgicos, empujan la palpitante oleada de músculos hacia las tierras bajas. Sobre las cornamentas cliqueteantes silban los lazos o se aferran, como culebras, a las patas de los animales más ariscos. Y el bramador tumulto se va arrinconando, sudoroso y cansado, en los amplios corrales del valle.

La aparta se va haciendo poco a poco. Banderas agitadas por el viento semejan las mantas tricolores, y la paciencia y la habilidad del jinete termina por dominar a las indóciles vacas y vaquillas criollas.

Los huasos, desde los tiempos coloniales, hablan de correrlos para que boten los pelos viejos y el animal se muestre reluciente y vigoroso. Y aunque esto, desde el punto de vista de la ganadería moderna, no sea estrictamente necesario, es indispensable para el deporte rural, para la habilidad del jinete y para el amaestramiento de los caballos. Junto a la quincha frágil de la media luna corren los caballos, adheridos al animal, trágicamente asustado y en el momento oportuno, el musculoso cuello de la cabalgadura engarfia al cuello de la vaca, haciéndola girar en dirección contraria. En el fondo, es la natural evolución del conquistador al tornarse hombre de campo. Es el juego de cañas de los jinetes del siglo XVI, hecho faena campesina.

Alejado del hecho de armas y del indio de las malocas, el animal alzado reemplaza al enemigo.

El capataz de la hacienda, ya viejo y retirado del servicio, tiene, así, la característica de un capitán de los viejos tercios. Su vida de jinete está unida a la de este toro, último gesto de rebeldía del viejo rebaño de los cerros. Como el toro tiene un sobrenombre, arrancado de la tierra misma. Este es el Polvaera, de que hablábamos al comienzo. No se molesta si lo llaman por su pintoresco apodo. Al contrario, lo contrario, lo considera como un blasón conquistado por su padre y que él, supone, ha de heredar su hijo.

—Polvaera mi paire, Polvaera yo y así sigue la mata.

La biografía del toro, aun vivo, la he oído de sus labios. Lo visité una mañana de verano, en la casita y en el terreno, cedidos al viejo servidor del fundo.

Francisco Sáez, Polvaera, es, hoy, un viejo de setenta años. Su físico tiene mucho del castellano o del extremeño de donde descende. Ojos pardos, cejas grises, densas y encrespadas. Nariz recta y rizada barba entrecana.

El aire azul, rico de altura, barniza los cerros, las vetas de nieve, el muro verdinegro de los bosques. Aire inmóvil, modorra de átomos perezosos, dominados por el canto de un estero que corre, loco, hacia el Lircay y por los trinos oscuros de los tordos y las tencas, por las notas blancas de los zorzales y las fugas de sonidos de los jilgueros.

Bajo un parrón, traspasado de luz mañanera, habla el viejo, complacido del pasado. Sus aspiraciones fue-

ron simples. Las de un jinete nato, vigor físico, ideas primitivas.

—Pa mí nu'había más que los bolosos y correr la loba en la medialuna.

Los bolosos, en su arbitraria fonética cordillera, son los perros zorreros, los golosos, con los cuales persiguió culpeos y pumas en lejanas zorreaduras. Y la loba, en su imaginación elemental, es la vaca o vaquilla montaraz que atajó en las quinchas de litre, durante las apartas de otros tiempos.

Se habla también de ese toro, cuya suerte está echada en el futuro del Picazo. El viejo nos cuenta de los primeros tiempos. Su naturaleza arisca se manifestó desde ternero. Resistió siempre al hombre, al caballo y al lazo. Era de un color bayo claro. Se le puso, entonces el apodo de «Mistela».

—No cortaba lazos tuavía, pero li'hacía empeño.

Y saltándose algunos años nos habla del Mistela, ya toro, amo de su manada.

Brillan sus ojos y sus palabras son rápidas y quemantes.

—Contra ná lo laciaban, su mercé, porque si no rompía los lazos, saltaba la cerca del corral, librecito y s'iba pal monte. Es lo más astuto que si'ha visto, su mercé. Y parece cabro, benaiga Dios. ¡Viera como salta los troncos botados y eso que nu'es ná de mucha cuerpá! Y es como bandido, porque las fechurías las hace tarde de la noche. En día claro, naide lu'ha topao en el monte.

Nos invita a beber un trago de vino y agrega, limpiándose los bigotes y barbas mojadas, con el dorso de la manga, a la manera campesina.

—Y hay que ver como quean los trigos de trillaos, por más cercas que le pongan. Algo del Malo ha de tener este animal que no parece toro, porque cabrestea como caballo cuando le echan el lazo y embiste con los ojos abiertos, lo mesmo que las vacas.

Según nos cuenta, alguna vez intentaron llevarlo al corral con el resto del rebaño apartado.

—L'última vez lo arrastramo p'al bajo coo cuatro lazos bien trenzaos. Aquí fué, pues, su mercé, onde perdió el nombre de Mistela y di'ay lo llamaron el Manao, lo mesmo que el vaquero que lu'había laciao. Y el tirón jué tan fuerte que cortó las huiras del lazo y el Manao por poco se esbarrancó quebrá abajo. Allí casi paró las herraúras el pobre.

Epílogo. —La leyenda va a ser cortada de raíz como una yerba perniciosa. La suerte del último toro está echada. Por el Picazo corren vientos de renovación. Un hombre activo hará del viejo retazo de encomienda un fundo moderno. Y el toro alzado, castizo y astuto, es un obstáculo para el mejoramiento de la raza. Se espera, únicamente, la nueva primavera y las nuevas apartas. Los vaqueros se sonríen y confían en el vigor, nunca vencido del Manao. Miran con malos ojos los cambios radicales que ya han variado la fisonomía rural del Picazo. El nuevo patrón dirigirá, personalmente, el rodeo. Se le buscará, por todos los rin-

cones, como a un bandido fugitivo. Se defenderá heroicamente, pero cuatro lazos, los de buena huida, lograrán inmovilizarlo sobre la tierra que hollaron tantas veces sus hendidas pezuñas aventureras.

Será en una mañana, preñada de vivas luces o en un rojo atardecer, acribillado de silbidos de pidenes. Arrastrado por los jinetes, el toro llegará hasta los corrales. Sus patas, ceñidas por los lazos, tratarán, en vano, de aflojar las ligaduras. Las filudas correas rebanarán la frente rebelde. Resbalando por la lengua casi inerte, se apagarán en el aire claro sus roncós bramidos. Ya no reflejarán el paisaje, reverdecido por la primavera, sus ojos sin luz. En torno de su tragedia, la de su agonía, rumiarán apaciblemente unas vacas mansas, unos terneros, sus descendientes, hocicarán las ubres hinchadas y unos hombres, azorados y gritones y unos caballos que seestean bajo los árboles.

Un campesino se inclinará, armado de un cuchillo, sobre la roja congestión de sus ingles. Dos cortes ágiles y los pesados testículos caerán a tierra. Un bramido más ronco, un replegarse histérico de los músculos y en la tierra, una poza de sangre que se irá ennegreciendo poco a poco. Nada más. Será el fin de un mito y de una época.

—Jubilao como yo, dice el Polviera, con cierto humor amargo. Y agrega en seguida:

—Pero el patrón dice que de un toro viejo no puede salir un buey bueno.

* * *

Así terminó el Manao, al finalizar un día de primavera. En la gracia del relato o en el sabor rítmico del corrido, han quedado los detalles de ese trágico instante. No le concedió el nuevo patrón el derecho de sobrevivir. Era, quizá, un ejemplo de rebeldía. Un toro alzado no habría sido un buey obediente. Se regaló el cadáver a los inquilinos, pero ellos lo arrojaron a los perros. Así, éstos se tornarían más astutos y valientes. De la piel se trenzaron lazos firmes que heredarían del Manao una invencible resistencia.

Y es que para los campesinos, el toro ya no era un animal perecedero, sino la encarnación mítica de sus vidas elementales, el pasado en agonía y la inseguridad del porvenir.